

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

II.

CARACTERES FÍSICO-ANATÓMICOS QUE DISTINGUEN
Á LA MUJER DEL HOMBRE.

Á primera vista no se nota diferencia entre los dos sexos; la mujer, como el hombre, tiene una organizacion aparentemente igual, las mismas facultades afectivas, intelectuales y morales; y sin embargo, existe la diferencia. ¿Dónde está ó en qué consiste ésta? ¿Será acaso que la mujer, teniendo las mismas facultades, son éstas en ella más débiles é imperfectas? ó más bien, que en unas de ellas el hombre es superior y la mujer lo es en otras? En la primera suposicion, va incluida la inferioridad de la mujer; pero si la verdad se halla en la segunda hipótesis, resultará que la mujer es igual ó quizá superior al hombre, y que ha sido tratada hasta ahora con notoria injusticia.

De la larga esclavitud de la mujer, sólo puede deducirse que el mundo, en su continuo desenvolvimiento, ha tenido más necesidad y sacado más provecho de las cualidades dominantes del hombre, y que la hora de la mujer aún no ha llegado. Hay un hecho de analogia muy importante, que me parece oportuno consignar en estos momentos: En los animales, la superioridad de fuerza, de belleza y de salud, se halla unas veces en el macho y otras en la hembra: Si la leona puede ser envidiosa de la formidable cola y arrogante melena de su compañero; si el caballo entero sobrepuja en fuerza y vigor á la hembra, y si el toro lleva sobre su frente atrevido y alto cuello los titulos de su soberanía; la familia casi entera de las aves de rapiña, se nos presenta con las hembras superiores á los machos, tanto en energía y fuerza muscular, como en talla y desenvolvimiento. Entre los insectos, tambien las hormigas y las arañas son prueba de superioridad femenina; y en aquellas mismas especies en que el macho es superior en fuerza, ésta no se sobrepone jamás hasta la dominacion. No hay, al menos que se sepa, entre los animales señor y esclavo; y si esto puede decirse que sucede en alguna familia, el señor es la hembra, como son ejemplo las abejas, que nos ofrecen el curioso espectáculo de padres alimentados, dominados, encerrados y muertos por las madres.

La sucesion de los seres vivientes ha sido confiada á sexos bien diferentes y bien distintos, á quienes la naturaleza ha adornado de fuerzas y facultades, cuya diferencia me parece bien fácil de establecer.

El hombre y la mujer, encargados de la propagacion de la especie humana, son dos seres bien distintos é incapaces de asimilarse bajo relaciones de absoluta identidad, teniendo sólo caracteres comunes, semejanzas y relaciones generales de la especie; fuera de esto son tan distintos, que cada uno tiene sus instintos, sus pasiones, sus costumbres, su temperamento y sus enfermedades. La mujer tiene una estatura ménos elevada que la del hombre, pero con más ligereza, elegancia y esbeltez; formas ménos marcadas y más redondas; rasgos más delicados, piel más fina y más suave, más lentitud y gracia en los movimientos, dulce expresion y acento encantador de una voz más sonora; y en todo este conjunto, cierto aire irresistible de abandono y debilidad que pide con demanda nuestro apoyo. El cuerpo de la mujer es mil veces más elocuente y expresivo que el del hombre; y si bien es cierto que la fisonomía y gesto masculino tienen una singular expresion de energía y de un lenguaje fuerte y preciso, el bello semblante y encantador gesto femenino, instrumento maravilloso de agilidad y flexibilidad, representa la variedad y riqueza de la voz que sobre todo abunda en medios tonos y cuartos de tono, que reproducen como otros tantos hechos las vibraciones del corazon y del pensamiento.

Las consideraciones á que se presta un análisis comparativo del hombre y la mujer, son tan numerosas, tan interesantes, variadas y curiosas, que basta hacer la exposicion y exámen de sus formas y proporciones exteriores é interiores para hacerlas resaltar. Para conocer y profundizar el estado fisiológico de la mujer, es necesario compararla al hombre. Del estudio comparativo, entre estos dos individuos de la misma especie, han de sobresalir diferencias relativas á su organizacion, á su temperamento y carácter, á las funciones de su vida todas; diferencias que, establecidas por la naturaleza, la educacion ha conservado y fortificado. Es verdad, que en el estudio de los tejidos, órganos, sistemas y aparatos de la organizacion de la mujer, fuera de los sexuales, poco más ó ménos se ven aparentemente y en número los mismos que en la del hombre; pero en cuanto á su volúmen, á su forma y estatura ¡qué de diferencias! ¡Qué de distintos atributos y cualidades intelectuales y morales! ¡Qué diferencia tambien en su manera de sentir y padecer!

La belleza del hombre difiere esencialmente de la belleza de la mujer. Una organizacion fuerte con rasgos bien pronunciados, ojos vivos y animados que revelan genio y vigor de espíritu, cierto aire de grandeza, de dignidad y templanza, una fisonomía franca y severa, representan el género de belleza á que puede aspirar el hombre más favorecido por la naturaleza. En la mujer, son necesarios otros detalles: una organizacion fina y sutil, de rasgos delicados

* Véase el número anterior, pág. 326.

dos, ligeramente dibujados y llevados al más alto grado de perfeccion; unos ojos en que se trasparen la ternura, la dulzura y sensibilidad; contornos graciosos, frescura de los tintes de la piel, ligera sonrisa, talle esbelto, miembros redondeados y proporcionados, forman ese conjunto, esa bella y espiritual armonía que ejerce imperio absoluto sobre nuestros corazones. En este pequeño é imperfecto dibujo, se nota que la mujer, esta hermosa mitad del género humano, sobrepuja al hombre en atractivos, siéndole inferior en fuerzas. Distintos de este modo los dos sexos, ofrecen ventajas casi iguales; la naturaleza ha puesto de un lado la fuerza, la majestad, el valor y la razon; y del otro, la belleza, la gracia, la finura y el sentimiento. Y puede asegurarse, que la mujer, debido á la delicadeza de sus rasgos, á la movilidad y sensibilidad de sus músculos y nervios, á las vicisitudes tan frecuentes de su constitucion y al hábito de enmascararse desde su infancia, hace que se sustraiga al más sagaz observador, pero en cambio nada se escapa á su natural sagacidad y á su fina percepcion.

La talla es ménos elevada en la mujer que en el hombre, y las dimensiones todas difieren en los dos sexos. En el hombre, la mitad de aquella corresponde á la bifurcacion del tronco, ó sea á la region pubiana; en la mujer, corresponde más alta porque los miembros inferiores son más cortos y el cuello más largo, dando á la region lumbar más extension, más esbeltez y elegancia en los movimientos, siendo de advertir, que esta disposicion característica, es uno de los encantos y atributos femeninos que el naturalista sabe apreciar con provecho, porque le revela aptitud para el desempeño de una importante funcion, no confundiéndo lo con aquellos que son hijos de una coquetería estéril y de una belleza sin resultado.

Las líneas y las formas agradables que representa la superficie del cuerpo de una mujer bella, son las onduladas, espirales y serpentineas que caracterizan siempre la gracia y la belleza. Estas líneas ondulantés, que el arte sin cesar dibuja en sus productos más graciosos y que la naturaleza misma ha prodigado en las formas de sus admirables producciones, se hallan en mayor número en la superficie del cuerpo humano, que en la de los demás seres; y principalmente en la cara, en el tronco y miembros de una mujer perfecta, es donde estas líneas de gracia y belleza se encuentran más multiplicadas. Ellas son las que unen y marcan los contornos de las diferentes partes, como sucede en el cuello, pecho y espaldas, y sobre todo, en los tránsitos insensibles y graduados de la cabeza, cuello, y del tronco á los miembros inferiores, y de cada parte de los miembros en general, á la que la sigue, sin que se pronuncien jamás los abultamientos articulares. Los

relieves que presentan superiormente los miembros inferiores al unirse con formas tan acabadamente redondeadas al tronco, son igualmente un carácter femenino fácil de descubrir; estos contornos en la mujer son más salientes y elevados, aproximándolas bastante á las formas hemisféricas á que los poetas eróticos se complacen en compararlas.

El pié es más pequeño y la base de sustentacion ménos extensa; la pierna más fina y su parte inferior tallada con más elegancia y delicadeza; los miembros superiores tienen tambien formas más dulces; el brazo más grueso y redondeado; la mano más pequeña, más blanca y más suave. La mayor parte de estos caracteres de las formas exteriores, distinguen la mujer bien conformada en todos los climas y en las situaciones más opuestas.

Comparada al hombre, la mujer, esta flor de la naturaleza viva, este tallo esencial del género humano, es de estatura más pequeña, más delicada, más débil y fina. El hombre tiene una sexta parte más de altura, es de formas más bastas, estatura más fuerte y vigorosa.

Los huesos de la mujer son blancos, más pequeños, más ligeros, más húmedos y oleosos, observándose en ellos más pequeñas eminencias, suturas ménos avanzadas, huecos, ranuras y depresiones ménos profundas: los largos son más delgados y ménos compactos; los cortos más esponjosos, y los planos ménos espesos y largos. En la mujer, los músculos, órganos activos del movimiento, son ménos salientes; sus relieves más graciosos que pronunciados, no aparecen á la superficie del cuerpo y con los caracteres de vigor que se pronuncian en el de un hombre bien conformado. Los de la cara, cuyo juego tan variado y rápido expresa todas las fases y nubes del sentimiento, son apénas marcados en la mujer; así es, que su fisonomía no tiene un carácter permanente como la del hombre, dejando velados, al traves de sus partes delicadas y móviles, el carácter moral y la naturaleza de sus afecciones, lo que ha hecho decir, hablando de la belleza de las mujeres: que la gracia, encanto supremo de la belleza, no se desenvuelve sino con el reposo natural de la confianza; y que la inquietud y la contrariedad quitan las ventajas que se poseen, porque el semblante se altera bajo la accion del amor propio. Los vasos de las diferentes circulaciones en la mujer, son de notar por su blandura y tenuidad; el tejido celular, lo es tambien por su abundancia y expansibilidad, haciéndolo más suave la mucha cantidad de grasa que contiene; así es, que el tejido adiposo tiene una blandura y suavidad características: él es el que hace esos contornos femeninos que el cincel ha hecho admirar sobre la Vénus de Médicis, á la par que su ausencia, los no ménos viriles del Hércules de Farnesio. La piel, vasto tegumento que envuelve todo el cuerpo, en

la mujer es delicada, fina y susceptible de recibir prontamente todas las influencias de los agentes y cuerpos que la rodean; y por su estructura más fina, se presenta más suave y húmeda al tacto, más blanca y sin excrecencias epidérmicas; en cambio su cabellera, el más bello ornamento de su cabeza, es mucho más abundante, se conserva más uniformemente y la pierde en una edad más avanzada. Comparado el sistema nervioso de los dos sexos, resulta que el encéfalo de la mujer es algo menor y menos consistente que el del hombre, siendo más de notar esta diferencia en la parte cerebral que en la cerebelosa, médula oblongada y espinal; y en cuanto á la parte periférica ó á los nervios, también los tiene más finos, sutiles y susceptibles de gran movilidad, y así como incapaces de reacciones sostenidas aunque instantáneamente sean intensas. Comparado este sistema con el muscular, resultan desigualmente distribuidos: el primero, predomina en la mujer, y el segundo, en el hombre; de este lado resalta la contractilidad, la fuerza y el vigor, y de aquel, una sensibilidad y movilidad excesivas. Los demás sentidos en la mujer, sobresalen por su viveza, finura y exquisita sensibilidad, cualidades que les hacen tanto más perturbables, cuanto ellas más sobresalen; por esta razón, su gusto y su olfato, que son compenetrables á los cuerpos y sustancias más sutiles, producen tantas aberraciones, y su oído tan delicado y armónico, se presta á las alucinaciones.

Si de los caracteres de los tejidos, órganos y sistemas, pasamos á los de aparatos y grandes regiones, las diferencias son aún más notables. La cabeza de la mujer difiere de la del hombre por su forma, volumen y peso. Prescindiendo de la importancia que hoy se da al desenvolvimiento anterior y lateral del cráneo, como signo de perfectibilidad cerebral, es innegable que la frente de la mujer es más deprimida, formando un ángulo inferior á la del hombre, que la tiene más recta y abombada; y así lo ha reconocido la escultura antigua, que no pudiendo razonar frenológicamente, pero sí observar con rectitud, nos ha dejado un testimonio en la frente saliente de Júpiter olímpico, y en la achatada de Venus. Cuando la naturaleza pierde de un lado, gana del otro; y si la mujer tiene la frente más corta y más pequeña la parte anterior del cráneo, la posterior es más extensa y voluminosa, que, según la ciencia moderna, es la encargada de sentir y alimentar la vida afectiva y donde se reconcentra la psicología del sexo, por lo que éste sabe tan bien sentir y amar. El pecho, conformado de otra manera que en el hombre con un aparato pulmonar menos extenso, realiza una respiración más enérgica en la mujer, y los progresos de la ciencia consideran á estas condiciones de un grado de superioridad y elevación orgánica,

puesto que con órganos menores resiste más y mejor á los obstáculos respiratorios; y sometida por igual tiempo á la misma causa de la asfixia, la tolera y sucumbe más tarde. Tal es también la razón de su mayor aptitud para hablar y cantar.

La situación de sus mamas coloca á la mujer á la cabeza de la creación; y por ellas bien puede decirse que es más hija de la naturaleza que el hombre; y yo soy tentado á creer que le ha precedido en el orden de la creación, alcanzando para su bello seno la forma de los mundos. El tubo digestivo de la mujer es más corto, más delgado, y sus anexos, como el hígado, menos voluminosos; sin embargo, el vientre ofrece más longitud, y es más ancho en su parte inferior ó pelviana, en la que la sexualidad imprime principalmente su carácter, por contener el aparato generador que decide el papel esencial que la mujer ha de llevar, como es el de la maternidad.

No insisto en apuntar los caracteres diferenciales de la sexualidad, tanto porque son bastante ostensibles y sabidos, como porque no quiero ni puedo caer en el extraño error de tantos que piensan que: *mulier proter uterum est*; y de ser cierta esta opinión, necesario sería, según la ciencia moderna, sustituir á la matriz por los ovarios, pues éstos son, y no aquélla, los núcleos de evolución y vida en el bello sexo. Las diferencias sexuales no son limitadas á los órganos de la generación, y si más bien constituidas por facultades, cuya esencia no se limita á un órgano ó aparato, sino que se extiende con lazos y matices más ó menos sensibles por todas partes y en todos sus actos, de suerte que la mujer no es sólo mujer, vista bajo un aspecto y de cierto lado, sino que lo es bajo cuantos se quiera considerarla. Los atributos, caracteres y modalidades, que hacen que en todo tiempo y circunstancia se distinga el tipo femenino, como las inclinaciones, primeros impulsos de la sensibilidad y los hábitos que de éstos mismos nacen, son tan distintos y tan claros, que no pueden menos de reconocerse. Puede decirse que dos instintos diferentes son el móvil de cada sexo en su infancia, y cada uno obedece al suyo, como lo demuestra evidentemente la primera impulsión de su espíritu en su gusto para vestir y adornarse, en sus hábitos más ó menos ruidosos, preferencia de juegos y cuanto es espontáneo y propio de esta edad. Estas diferencias nadie las ha apreciado mejor que el filósofo Rousseau, cuyos detalles, siendo el fruto de la observación más fina, han sido expuestos con el estilo más bello y animado: «Las niñas aman cuanto alegra á la vista y sirve de adorno, espejos, alhajas, vestidos, y sobre todo las muñecas, que son el ornamento especial de su sexo. Véaselas pasar el día al lado de una muñeca; vestirla y desroparla cien veces; buscar continuas combinaciones de adornos, bien ó mal aderezados, poco importa; y aunque les

falten destreza de manos y el gusto aún no está formado, hácese evidente su inclinacion. En esta eterna ocupacion se las pasa el tiempo, olvidanse hasta de comer, manifestando más apetito de muñeca que de alimentos. De aquí su gusto y habilidad para las obras de aguja y su repugnancia para leer y escribir. Abierta esta ruta en sus gustos y ocupaciones, la costura, el bordado, el encaje, vienen por sí mismos; las colgaduras, adornos y muebles no serán de su menor agrado.

Otras diferencias más importantes distinguen á la mujer ántes de la época de su nubilidad. El desenvolvimiento de su inteligencia es mucho más precoz; los objetos exteriores afectan con ventaja su sensibilidad; y tintes de detalle, que se escapan á su compañero de igual edad, son apreciados por ella con una fineza y precision que nos sorprende.

Tambien es indudable que, debido á su mayor afectibilidad y la flexibilidad de los órganos de la voz, la mujer, en su adolescencia, aprende primero á hablar, adquiriendo prontamente una charla ó decir tan agradable, que su acento parece obedecer á su propósito, aunque éste no exista, y que el hombre sea atraído á escucharla, aunque ella misma no se entienda. Es indudable que ya en esta edad de la adolescencia la mujer tiene mucha más fineza, cuya cualidad no puede ser debida á otra cosa que á su constitucion. La astucia es, sin duda, tambien un talento natural del sexo, que yo creo que como inclinacion espontánea es buena como todas las de la naturaleza y debe ser cultivado, lo que creo indispensable prevenir es el abuso.

Si consideramos y comparamos los dos sexos en una época ya de mayor desarrollo y próxima á la nubilidad ó á su juventud, cuando su fisico y moral presenta determinaciones más fijas, se distingue en la hembra una diferencia de accion muy ventajosa: su condicion, más sentada ya, aunque obedece en sus primeros tiempos á la instruccion que se la da, manifiesta que sus gustos son distintos y de carácter opuesto. Con sus gustos apacibles evitan las disensiones y tumultos que surgen entre los muchachos de su edad; sus entretenimientos son mucho más moderados que los de éstos, y sus diversiones son siempre tranquilas; la conversacion, para ellas, tiene un gran placer, miéntras que los muchachos sólo se reúnen para correr, fatigarse y entregarse á ejercicios violentos. Cuando se llega ya á la edad en que se razonan algunas ideas, la mujer se hace curiosa y se inquieta por conocer cuanto la rodea; al contrario el hombre, sólo se ocupa de aquello que puede ponerlo en un movimiento continuo, con el que se procura su verdadero placer. De esta oposicion de carácter, tan pronunciada ya á la edad de seis á ocho años, resulta evidente que el sexo femenino tiene facultades intelectuales más precoces que el mascu-

lino. Esta conclusion está de acuerdo con cuanto he expuesto, y nos enseña el estudio comparativo de la organizacion de los dos sexos. En la mujer, segun queda manifestado, la fibra elemental es más suelta, los nervios más finos y ténues, y en su consecuencia ha de recibir más fácilmente las impresiones de los agentes que nos rodean, experimentando más sensiblemente su accion y la educacion de la experiencia para aparecer adelantadas tambien en sus juicios y apreciaciones. Por iguales razones y diferencias debe resultar tambien, y resulta, que sus afecciones morales se hallan igualmente adelantadas, yo creo mucho más desenvueltas, siéndoles causa de muchos males fisicos. No hay por qué sorprenderse, pues, de que ella se abandone á sus penas, inquietudes y disgustos; estas afecciones de su espíritu la aquejan, porque es más fuertemente emocionada por igual causa que el hombre.

Si comparamos la sangre de uno y otro sexo, es infinitamente raro que ésta predomine en la mujer. Lo que llamamos temperamento sanguíneo puede decirse que pertenece exclusivamente al hombre, en quien encontramos una fisonomía más atrevida, ojos chispeantes, semblante seco y más cubierto de color, cabellos crespos y negros, carnes más enjutas, vasos más marcados á la superficie tegumentaria y formas más rudas. Al contrario, en la mujer predomina el temperamento linfático. Como ya dijimos, lo mismo sucede con los sistemas muscular y nervioso: el primero predomina en el hombre, y el segundo en la mujer. De un lado la contractilidad, la fuerza y el vigor; del otro, una sensibilidad y movilidad excesivas; de allá, la energía, intensidad y perseverancia de los movimientos; de acá, conmociones numerosas, precipitadas y tumultuosas. El ejercicio de ciertas facultades del alma era muy necesario para que la naturaleza no dotase á la mujer de temperamento nervioso; la extrema movilidad del espíritu, la sensibilidad, la finura, la delicadeza, el don de imitacion, son fenómenos esenciales del sistema nervioso, y que en la mujer se realizan en el más alto grado. Pero yo veo en la reunion de estas cualidades morales que se derivan del predominio del sistema nervioso, una idea final y sublime, que tiene por objeto la propagacion y conservacion del individuo y de la especie humana; para ser la compañera del hombre y la madre de familia es para lo que la naturaleza ha dotado á esta más bella é interesante mitad del género humano de cualidades tan perfectamente apropiadas al papel importante que es destinada á llevar sobre la tierra, y cuyo buen uso contribuye de tantos modos á hacérsela más querida, viendo á la vez en ella la obra maestra de sus más perfectas combinaciones.

Los aparatos nervioso y regenerador testifican vivamente en favor de la simpatía é influencia de

sus cualidades morales. En efecto ¿quién no ha comprendido mil veces que la vida moral de la mujer consiste en sentir y amar?

Es indudable que los seres débiles son necesariamente tímidos, al verse expuestos á daños que no pueden evitar por falta de resistencia, y la timidez aumenta su misma debilidad. El efecto fisiológico del miedo reconcentra las fuerzas é impide toda reaccion capaz de rechazar ó luchar con la causa que lo produce. Por eso la mujer, embargada de vivas emociones, cae en el desfallecimiento al menor peligro que la amenaza. Pero la misma constitucion orgánica que dispone su alma al temor, dispone también su espíritu á la ocultacion y disimulo más fino del mismo, lo que constituye un arte de encubrir el miedo. Esta cualidad nace en ella del sentimiento de sus necesidades, unido al de su debilidad; ella suple al valor orgánico que la naturaleza le ha negado, por la destreza para evitar lo ofensivo que el hombre rechaza con la fuerza.

Tales son, á grandes rasgos, los caracteres anatómicos que más pronunciadamente distinguen á los dos sexos; y tal es, en fin, el boceto que yo he podido trazar de la fisonomía anatómica de la mujer, sin entrar en pormenores y regiones que pudieran dañar al pudor de la misma. Habría deseado dar á su ejecucion todo el encanto é interes que se merece; pero el desempeño de tal intento no he podido conciliarle, ni con la severidad de mis estudios, ni con la índole del asunto de que trataba; así es que he preferido la exactitud del dibujo á la belleza de los colores, tanto más, cuanto que el colorido del cuadro de la mujer corresponde al estudio de sus cualidades morales, que serán asunto de mis futuros trabajos.

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

RECUERDOS FINANCIEROS.

UN MINISTRO DE HACIENDA EN TIEMPO
DEL ABSOLUTISMO.

II. *

Excmo. Sr. D. Gabriel Rodriguez:

Indiqué á usted en mi carta anterior, que la situacion del Tesoro y el estado de la Hacienda en 1816 envolvían gravísimos peligros para la existencia del gobierno absoluto. Era necesario un esfuerzo supremo para normalizar el pago de las atenciones públicas; era indispensable reunir fondos para la

alimentacion del soldado y para la defensa de la patria en lejanos territorios.

Los cortesanos se veían y se deseaban para encontrar un genio que, sobreponiéndose á las dificultades existentes, dictase leyes é iniciara con resolucion acuerdos soberanos. Es decir, buscaban un hacendista de valer y de valor, y no aparecía ninguno bastante intransigente y sobradamente anti-liberal por todos los ángulos de la Península.

Así es que las miradas de arrepentidos y de pecadores políticos se fijaron indistintamente en el antiguo secretario de la Junta patriótica de Cádiz, en D. Martin de Garay. La casa real sostenía por entonces un gasto de 120 millones anuales, cuando á Fernando VI le bastaban 30, y Carlos III no pasaba de 60; la expedicion preparada en Cádiz para América esperaba recursos del momento; el Presupuesto era un mito ó una negacion, y la Deuda pública el capítulo más importante, pero ménos estimado, de nuestras obligaciones nacionales.

Garay entró en el poder por la puerta ancha, por donde entran á ejercer funciones públicas los hombres de bien. Su nombre, que era hasta entonces una esperanza entre gentes vulgares y honrados liberales, llegó á ser, si bien por poco tiempo, la panacea universal de las clases adineradas, porque esperaban que circulase metálico, mucho metálico, durante la administracion de Garay, ya para mandar ejércitos á Ultramar con destino á la reconquista de las provincias rebeldes, ya para consumir en tierra de España las fuerzas monetarias en fiestas y saraos, en corridas y reuniones, en aventuras y galanteos.

Así se explica y así se comprende que Garay, liberal incorregible, llegase á ser en los primeros meses de su ministerio, en pleno gobierno teocrático, el alma y la vida de aquella situacion, la esperanza de todas las fortunas y el punto objetivo de todos los elogios. Pocas veces un hombre público sube al poder con la aquiescencia de los pueblos, y con tales y tan entusiastas aclamaciones. La necesidad alejó por el pronto la envidia, y el espíritu de conservacion pudo acallar todo propósito de resistencia.

Recuerdo á usted estos detalles, Sr. Rodriguez, consignados más por extenso en mi carta anterior, para que sirvan de prólogo, si prólogo necesitare la presente correspondencia.

Tenemos, pues, á D. Martin de Garay en el poder, ocupando un Ministerio que hoy codician y sitian algunos millares de españoles, aspirantes á carteras y á destinos. Garay no lo deseaba, es más, no lo pretendía, cosa rara entre nosotros; pero, esclavo del deber y encariñado con la libertad, aceptó sin vacilar, para que las reformas se llevasen á cabo, la propaganda se extendiera y las nuevas ideas triunfasen en el terreno de la práctica de viciados sistemas ó de añejas corruptelas. Propósito nobilísimo que, si le

* Véase el núm. 61, pág. 289.